

Las reuniones de la J. de A. C. Parroquial

Jamás creo haber visto reuniones tan heterogéneas. Entre los asistentes, es imposible hablar dos parecidos físicos; ni tan si quiera en la estatura. Los temperamentos, son todavía más dispares. Y no obstante, tampoco recuerdo que en ningún otro lugar existan unas voluntades tan íntimamente unidas. Servir a Cristo, como decimos aquí, empleando una frase castrense, y laborar por el engrandecimiento y buena marcha del grupo son finalidades y propósitos que nos hermanan y nos funden, haciéndonos, en lo espiritual, jóvenes eminentemente idénticos. Las diferencias que subsisten, sólo son cuestión de más o de menos; no de naturaleza. Todos gritamos igualmente «¡Señor!» «¡Señor!», pero cumplimos de modo diferente sus mandamientos. He aquí nuestras desemejanzas últimas y auténticas.

Es de noche. Una noche calurosa y despejada. El firmamento se ha engalanado cumplidamente. Astros y constelaciones vehementemente nos reiteran la inmensidad de la Creación y la nadería del ser físico del hombre. ¡Qué poca cosa seríamos sin alma! Una casa particular, de amplio y profundo zagán, es el albergue accidental de la Acción Católica. Hacia allí me dirijo. Verdaderamente, nuestro Centro actual da exteriormente una impresión, rústica y austera, de grandiosidad. Su fachada lateral, respecto al jambaje, constituye por si sola uno de los lados de esta pla-

za eminentemente granollerense de «Can Sinia». Pero es una fachada tosca, sin detalles ni aditamentos estilísticos. Abajo, una puerta como de alquería, sirve de entrada a una pequeña tienda. Arriba, ventanas y balcones situados asimétricamente ocupan la inmensa mole. En los ángulos del edificio se destacan soberbios sillares de piedra que dan sensación de seguridad y resistencia, e intentan hacer creer al transeunte, travesura simpática de la casa, que toda la construcción es asimismo de sillares de piedra en algún tiempo apiconada. Diviso luz en los balcones, quizá la reunión haya ya comenzado. Ya casi en el dintel, encuentro un amigo. Ahora no lo dudo. Decididamente he llegado tarde. El amigo, un muchacho simpático, alto, rubio y ojizarco, tiene el pequeño defecto de no ser puntual. Quizá tengan la culpa esos magníficos puros que constantemente saborea como si se tratara de un señor Esteve.

—¡Hola recalcitrante catador de puros!— ¡Ya sería hora de menos «straperlo» y más puntualidad! —Le digo con énfasis humorística—.

—No lo creas—. —El muchacho baja la vista y contempla los azulados espirales de humo que desprende su voluminoso cigarro—. Son cuestiones de higiene... El papel que fumamos con los cigarrillos perjudica la salud.

Subimos por una escalera de piedra, ancha y pisa. Una puerta entreabierta y un letrero: «Acción Católica